

Página en blanco

El pasillo se extendía a lo ancho del edificio. Caminábamos un poco rápido por miedo a llegar tarde. Mis piernas me pedían sentarme en alguno de los asientos naranjas y descansar.

Las habitaciones enumeradas se hacían interminables hasta que el número 115 se hizo visible en la infinita pared. Tomamos asiento y Rebeca sacó dos papeles grapados del bolso. A los pocos minutos la puerta se abrió, apareciendo tras ella una joven enfermera. Rebe se levantó del asiento y entregó los papeles a la muchacha. Esta los cogió y dio media vuelta cerrando la entrada. La gente en el pasillo murmuraba y otros simplemente callaban.

La puerta se abrió de nuevo dando paso a la joven que con su dulce voz me nombró.

Nos levantamos de los asientos y entramos en la habitación. Rebeca se fue con los médicos a una salita con ordenadores y que comunicaba con una mucho más grande a través de un extenso cristal. La enfermera me tendió una bata blanca.

- Tenga. Déme todas las cosas metálicas que lleves puestas, pendientes, reloj, pulseras, anillos... ¿Tiene alguna prótesis o marcapasos?

- No –me puse la bata-. Tome las joyas, ten cuidado con ellas que son un regalo de mi difunto marido.

- Sí señora –metió mis pertenencias en una bolsita y la dejó en una mesa-. No se preocupe.

Me invitó a sentarme en una silla y cogió un cuaderno en el que empezó a anotar a la vez que me hacía preguntas. Me hizo estar allí sentada durante más de diez minutos preguntándome que qué cosas se me solían olvidar, que si

Seudónimo: Estelawis

sabía dónde estaba el Museo del Prado, que si recordaba el año en el que nació o si podía decirle mi dirección y número de móvil. La verdad es que no supe decirle mi teléfono y no recordaba si nació en el 38 o en el 42.

Después pidió que me tumbase en una gran tabla con una almohada y me ofreció unos cascos para escuchar música. También me dio un aparatito con el que, en medio de la prueba, podía avisar de algún problema. La enfermera se marchó y me dejó allí sola. La tabla comenzó a adentrarse en un pequeño túnel oscuro y con una pequeña luz azul. Pronto comprendí porque eran tan necesarios los cascos, aquel aparato hacía muchísimo ruido. El tiempo dentro de aquella máquina se me hizo interminable.

Cuando acabó, cogí mi abrigo y salimos de la habitación. Estábamos caminando por el pasillo cuando una chica me tocó el hombro y nos detuvo.

- Perdona –era la enfermera-, se ha olvidado de las joyas. Aquí tiene.
- Gracias –respondió mi hija-. Son muy importantes para mi madre.

A veces, bajaba al supermercado de la esquina tres veces al día; otras, simplemente, me quedaba parada en medio de la calle sin saber a dónde me dirigía.



Seudónimo: Estelawis

En los primeros meses de esta enfermedad, toda mi cabeza era un auténtico laberinto donde, en ocasiones, era difícil encontrar la salida. Me pasaba las tardes recordando las travesuras que hacía de niña o cuando mi marido aún estaba entre nosotros.

Era difícil pensar que todos aquellos recuerdos, en cuestión de tiempo, desaparecerían de mi vida. Su marcha, sería también la marcha del amor que siento hacía mi hermosa familia o de las vivencias que me hicieron llegar hasta aquí. Sería como estar muerta en vida.

Pero no quería rendirme por las buenas, por eso decidí escribir los recuerdos que conservaba en un cuaderno que, más tarde, entregué a mi hija mediana.

Mi cuerpo torpe tampoco me permitía disfrutar de lo poco que me quedaba de memoria. Cada vez, mis pasos eran más inseguros y mis movimientos menos coordinados. La almohada era la que secaba mis lágrimas; noche tras noche imaginaba mi persona en sus últimos días, rodeada por los suyos pero sin ella reconocerles.

El sillón era el sitio más cómodo donde podía estar. Las enfermeras caminaban de unas habitaciones a otras pero en esta sala lo que más había eran personas ausentes como yo. Perdidos en su propio mundo, luchando por recordar su identidad o, simplemente, poder hablar con alguien. Mi voz no respondía pero es que mi cabeza tampoco.

Una mujer alta y con la mirada triste, estaba sentada a mi lado acariciándome la mano y contándome cosas de su vida. Aunque estaba apenada, cada vez que nuestras miradas chocaban, ella me sonreía con esa sonrisa tan bonita. Ese pequeño momento era el que me llenaba de vida, que a los pocos minutos

Seudónimo: Estelawis

desaparecería. Acompañando la mujer, había un niño. Era rubio con unos ojos verdes que me resultaban cautivadores y sentía curiosidad por saber quién era.

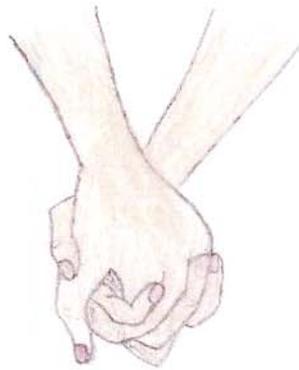
- ¿Cómo te llamas, pequeño?

- Daniel, abuela –el niño hizo una pausa y me abrazo-. Soy tu nieto.

Una lágrima recorrió mi mejilla. ¡Cómo podía haber olvidado a mi propio nieto!

En el paso de muy poco tiempo, ya no lograba recordar el motivo de mi tristeza.

Me sentía tan perdida...



Hoy me encontraba rodeada de más gente. No conocía a ninguna persona pero parecía que ellos a mí sí. Me sonreían, me daban besos, abrazos y me hablaban sin recibir respuesta. Una mujer con una bonita sonrisa y que era la más alta de las chicas, se puso a mi lado, abrió un cuaderno y comenzó a leer. La lectura contaba la autobiografía de una mujer mayor que padecía Alzheimer. Era una señora cariñosa y con una familia numerosa. En cada capítulo, relataba sus más preciados recuerdos que temía perder. Hablaba de sus hijos, de su difunto marido, de sus queridos nietos y de la familia que la había cuidado y apoyado durante muchos años.

Aunque mi mirada estuviese perdida entre las estanterías, mi oído escuchaba palabra por palabra sin perder detalle.

Seudónimo: Estelawis

Aquella historia escribía mi libro en blanco, me hacía sentir como si reconociese quien era yo... No pude evitar sonreír o llorar con cada parte del relato, y creo que las demás personas a mi alrededor también sentían lo mismo.

Los días pasaban y cada tarde esa mujer de encantadora sonrisa, me leía la historia de la que debía de ser su madre. En esos momentos me sentía tan viva, que fue lo único que me ayudó a tener presente que no debía rendirme en la lucha contra mi mente.

Cada día desafié a la memoria escuchando mi propia historia.

